

de la utilización del conocimiento social en la lucha contra la opresión y la desigualdad. Gabrielle y yo salimos con lágrimas en los ojos después de ver el filme.

No dudo que era un hombre lleno de contradicciones y que tendría tantos defectos como cualidades, como todos los *habitus* que estudió. Sin embargo, los que estuvimos cerca de él en un momento dado, teníamos una debilidad especial por este hombre que ante todo exudaba lucidez. La lucidez puede ser dolorosa pero era la más primera de sus prioridades, la número uno.

Su calidad humana era lo mejor de él, aún en los señalamientos más duros. Regresando a México escribí dos artículos: uno para la difusión de su obra, y el otro, una propuesta metodológica a su teoría. Su crítica empezaba “un petit mot” y luego, evidentemente, era devastadora. Aprendí más que nunca y mejoré mis trabajos que fueron publicados con su venia. Los siento verdaderos trabajos de equipo con este hombre que fue muchas cosas, pero ante todo, fue maestro entrañable.

Le agradezco a la vida haberme dado la oportunidad de adquirir recursos para mi labor académica, y de haber aprendido a verme en el espejo como *habitus* y a “ver” lo que no se ve, el objeto de estudio de las ciencias sociales, las relaciones entre los seres humanos, sus condicionamientos y la posibilidad de trascenderlos: la devaluación de las fuerzas que los constituyen.

Fue un privilegio estar cerca de un ser humano reconocido, creativo, contradictorio, cálido, firme, claro en su confusión, muchas veces confuso en su exposición, que nunca dejó de dudar y luchar y que hizo de su enseñanza un regalo para quienes estuvimos cerca. Pocas sonrisas recuerdo tan refrescantes, cómplices, tiernas y estimulantes, como las de Pierre Bourdieu. Decía que todo en esta vida era lo suficientemente interesante, si lo veía uno detenidamente, el tiempo suficiente. Lamento profundamente que ya no pueda ver más.

Jorge A. González\*

Pierre Bourdieu: militante de la izquierda crítica y reflexiva\*\*

Y sí, para mí, se muere una de las inteligencias prácticas más influyentes en mi vida profesional, al menos en mi vida del siglo pasado. Gracias a sus ideas y escritos, muchas de mis propias reflexiones y trabajos pudieron salir adelante.

En el año de 1974, cuando era un estudiante de comunicación y sociología en la Ibero de México, gracias a otro querido maestro, Gilberto Giménez, que venía de terminar sus estudios en Francia, comenzamos algunos compas y yo a leer a Bourdieu directamente en francés. Era complicado, a veces ilegible, pero cuánta estimulación me daba intentarlo. Y además, ¡había que aprender francés! En esas épocas sólo había como traducción “Los estudiantes y la cultura” (*Les Heritiers*) de editorial Labor y una entrevista ininteligible por lo mal traducida en *El Viejo Topo*, una revista española posfranquista.

Gracias a Gilberto, pudimos leer fresquecito su nuevo e influyente libro: *Esquisse d'une théorie de la pratique*, ¡en 1975! (que creo nunca se tradujo al español) ¡Era emocionante! Lo leíamos y discutíamos. Era teoría fresca, basada en investigación empírica, pero no empirista. Y necesitábamos como el aire, en esas épocas de dominio del paradigma clásico de la comunicación, de los positivis-

mos duros y de los melatimos críticos comprometidos, alguien, alguna inteligencia diferente con quien conversar para poder pensar el mundo —que no nos gustaba nadita— un poquito mejor. De manera menos maniquea.

Gracias a una amiga francesa de mi hermana Brenda, pude traducir un texto: “L’opinion publique n’existe pas!” que usé para una clase. Noelle Rivaud (que ahora creo vive en León) leyó para mí en voz alta mientras grababa todo el texto, después a transcribirlo y a circularlo entre todo el perral y los compas. En fin, cada trabajo suyo era motivo de búsqueda y escrutinio riguroso para encontrar la coherencia de su pensamiento, de sus estrategias para pensar y hacer la sociología más cerquita del mundo concreto y con herramientas poderosas. Aprender de sus críticos, sopesar los argumentos, enamorarnos del oficio.

Bourdieu, con una muy sólida formación filosófica, se movía como pez en el agua de las tradiciones académicas y para mí, como un verdadero revolucionario en el campo de las ciencias sociohistóricas. Gracias a su trabajo, por primera vez fueron traducidos autores como Goffmann y Lavob y muchos otros pensadores del mundo anglosajón al francés. Cosa que era casi un pecado.

\* Laboratorio de Comunicación Compleja, Universidad Iberoamericana.

\*\* Este texto es una pieza de entre muchas, resultado de una ciberconversación de nuestra Red de Comunicación Compleja (RCC), por lo que originalmente no fue escrito para publicarse fuera de esa cibercharla, que involucró en menos de una semana a más de cincuenta intercambios.

Y así abrió las puertas de una tradición muy cerrada en la que él mismo tuvo que crecer como provinciano arrimado del rancho a la capital. Siempre estuvo luchando por asumir el oficio intelectual de tal manera que rompiera las estrechas fronteras disciplinarias y nacionales, de ahí su revista *Liber*, que propuse en 1993, a solicitud suya, para publicarse en algún suplemento de la prensa en México, pero no le vieron mercado a publicar junto con autores de cualquier país y sobre temas que ni se pensaban acá. ¡Seguíamos en el hoyito del mundo colonizado!

Desde que comencé a leerlo, prácticamente comenzó también mi propia pasión por entender la cultura, el lenguaje, los conflictos de las identidades, y junto con otros que también leía y devoraba cotidianamente en la escuela (Marx, Weber, Durkheim, C. Wright Mills, Gramsci, Cirese, Lazarsfeld, Merton, Chayanov, Palerm, Eric Wolf...) era de los poquitos que estaban vivos y seguía trabajando como caballo de carga ruda. Las tres tesis que he hecho en la vida están plenas de referencias y pasajes de sus textos.

Bourdieu tenía una gran cualidad, a mi juicio, y es que se mantuvo activo en investigación empírica toda su vida sin descuidar la construcción teórica y metodológica y la reflexión epistemológica de vanguardia. Difícil encontrarse —en este campo, a veces tan especulativo, rollero y melatista— a alguien con esa formación holística intensa y con un nivel de producción de alta calidad sostenida durante décadas y décadas.

Del oficio de entender los mundos sociales, ¡cuánto aprendí de sus escritos! No sólo le tenía admiración y respeto, sino agradecimiento por estar ahí, como faro estimulante, cuando más lo requería en mi inicial proceso personal. Un par de veces tuve la oportunidad de decírselo (mi agradecimiento) y se lo dije. La primera vez, para invitarlo a participar como consultor de un proyecto de locos que comenzamos en 1994 (el FOCYP [Formación de Ofertas Culturales y sus Pú-

blicos]). Yo llegué a presentarme así nomás. Sin cita y con poco tiempo, porque debía dejar París al otro día. Me recibió y conversamos durante más de dos horas. Todas las prenociones que algunos me habían contado de él (“es un creído, un mamón”, “no hace caso a nadie más que a él”, “no tiene nada de *Bourg* (pueblo) y demasiado de *Dieu* (dios)”, “es un neurótico”), ciertas o no, eso no lo sé, simplemente no operaron en esas dos horas de charla. Para comenzar, yo aprendí francés “leído”, nunca lo estudié para hablarlo, aunque lo puedo entender bien si lo hablan no muy rápido, así que eso podría ser un problema. Me presenté mascullando frases en francés y me dijo amablemente que podía hablar español, que él había crecido justo en la frontera de los Pirineos y entendía español como su segunda lengua. El respondía en francés y yo hablaba en español. ¡Me la puso facilita! Por esos tiempos, marzo de 1993, yo pensaba realizar en el FOCYP cerca de 2000 (¡si dos mil!) historias de familia y de vida por todo México, para documentar cómo se habían creado los públicos de la cultura en el siglo xx, además de la encuesta por todo el país y las cartografías culturales. Me escuchó y me comentó que quizás podría ser demasiado el número. ¿Por qué dos mil? En la conversación, una vez que pude explicarle los principios del proyecto, convenimos en reducir el número a algo más manejable, más realista y conseguible. Acabamos en 300 historias de vida y 100 de familia. En ningún momento me pareció prepotente, sino más bien bastante humilde y sencillo. Me dijo que todos los días viajaba en metro para ir de su casa al College de France y así, al terminar de platicar, nos fuimos juntos a la estación Cardinal Lemoine, conversando. En ese trayecto me dijo lo interesante que le parecía que estudiáramos en grupos y que aspiráramos a crear ese tipo de sistemas de información empírica en México. Después mantuvimos contacto por carta, pues yo le iba comentando del avance del proyecto FOCYP, es-

pecialmente en el área de la encuesta. Le gustó mucho nuestro cuestionario y hasta donde sé, de hecho aceptó a *Chava Arana* como estudiante suyo, pero *Chava* por angas o por mangas, no pudo avanzar en su trabajo con él.

Luego, años más tarde, para un apoyo especial de la Fundación Rockefeller al Programa Cultura, Bourdieu nos hizo una carta de recomendación simple, sencilla y directa. Nunca me pidió nada a cambio. Jamas sentí ningún afán colonizador de su parte. Sólo obtuve de él beneficios y exhortos emotivos para seguir desarrollando el pensamiento reflexivo sobre la sociedad. Desde luego lo invité a venir a Colima, a México, y me dijo que con mucho gusto, apenas pudiera tener permiso de su médico, pues en el invierno del 1992 había tenido un ataque al corazón y tenía prohibido viajar largas distancias. La última vez que lo vi y hablamos, fue hace dos años en Barcelona, donde con mis alumnas de allá, precisamente el día que discutíamos en clase y a tope su *Dominación masculina* (¡que de hecho había generado varias crisis intensas en el grupo!), él mismo presentaba ese libro en la ciudad. Fuimos a verlo una parte del grupo. Y nuevamente fue amable, sencillo, claro en las respuestas. Nos saludamos con afecto al final y quedamos de volver a vernos.

En su vida académica, me consta que mucha gente lo criticó sin haberlo leído. Otros nomás decidieron adorarlo. Y otros lo usaron de *punching bag* porque era, sin lugar a dudas, el más visible, el más productivo, el más atacable. Pero él siempre respondió con claridad a sus críticos y por lo que yo vi, nunca se dejó adorar intelectualmente, porque eso hubiese sido precisamente la renuncia a lo que toda su vida hizo: pensamiento reflexivo y crítico. “¡Pesimista!” le reclamaban algunos. Y su respuesta, aquella noche en Barcelona, fue: “No creo que la sociología sea negativa, es que la sociedad es verdaderamente negativa y el pensamiento sociológico puede y debe ayudarnos a